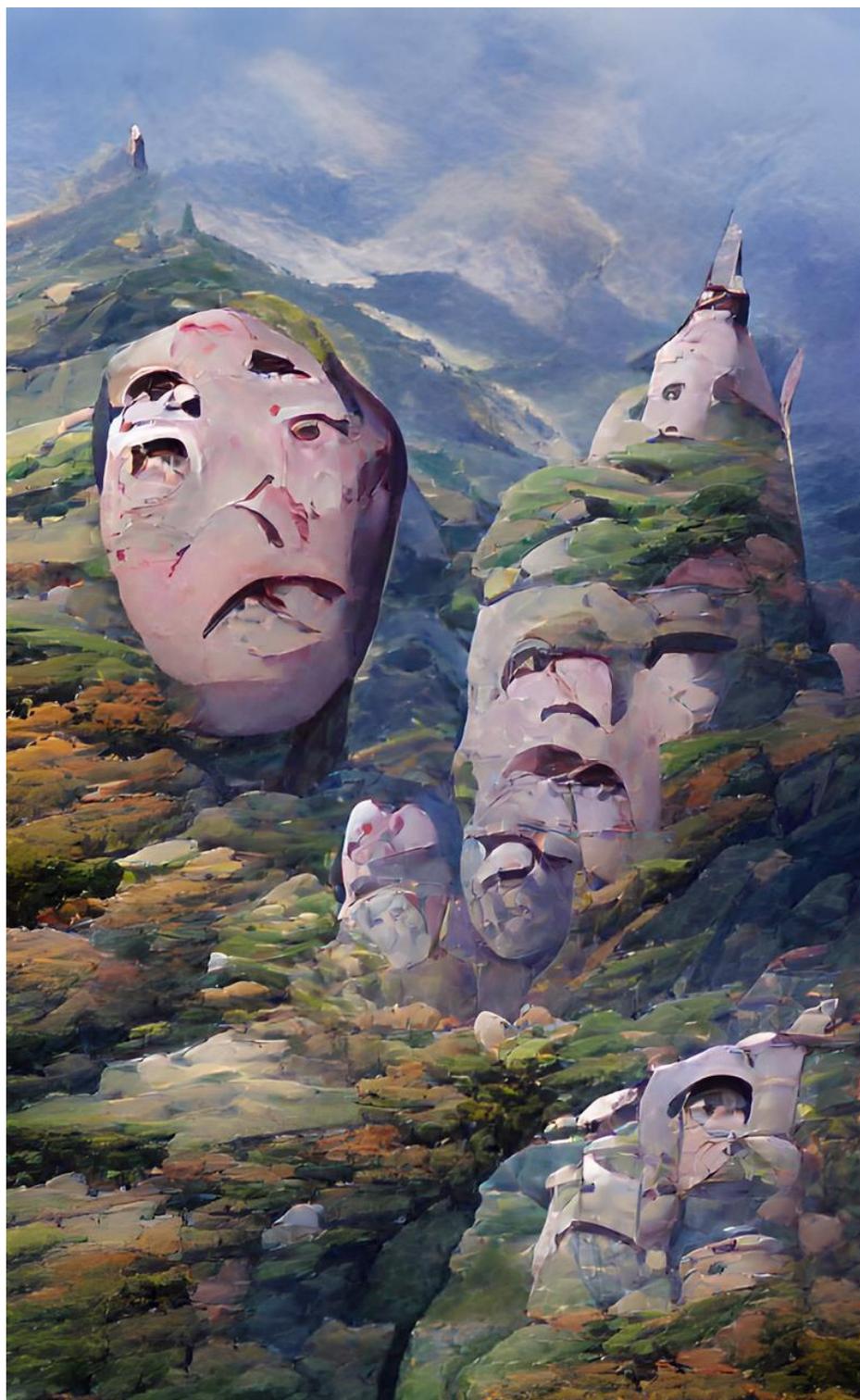


Caras, de la montaña

Alan DiVoga



Capítulo 1

CARAS, DE LA MONTAÑA

Alan DiVoga

Despertó Caras en su hamaca pues había soñado con la mujer más hermosa del mundo. Había sido tan real que su olor aún humedecía el patio en donde acostado esperaba el nuevo día. Había sido una premonición, y ahora corría dentro de sí la necesidad de buscar y encontrar aquella mujer, misión para la cual tendría que viajar a la ciudad.

Bajó de su hamaca y recordó los días en que otras empresas habían comenzado. Cierta vez que cortó el árbol del centro de la ciudad creyendo que así haría llover, otra en la que se le había ocurrido inhalar un nopal pensando que era el negocio del futuro, y por último, cuando buscó esposa y terminó por recostarse solo tras un mes de búsqueda.

Todas aquellas ideas habían fracasado y le habían dado en el pueblo la fama del mal augurio. Cuando entraba a un lugar la gente le gritaba "Ahí viene Caras, el del árbol emblema del pueblo, que mal día será este". Pero aquel día el sueño había sido diferente, le había dicho el futuro a susurros, y estaba seguro de que aquella idea, aquella empresa, la de la mujer perfecta, no podía fracasar.

Es así que cuando se alzó el sol, reunió sus cosas y las colgó del pañuelo que a su vez colgó a la cintura, y se dispuso a partir a la ciudad. Si no fallaban sus cálculos, serían tres días de viaje antes de llegar, pero aquello era pura suposición, pues nunca había bajado más allá del límite del pueblo.

Saliendo de este la gente vitoreó, y Caras animado se despidió de todos creyendo que le deseaban el mejor de los viajes, y que creían que cumpliría con su sueño y encontraría a su mujer; la realidad es que todos se alegraban con la posibilidad de que Caras jamás regresara.

Comenzó el descenso del cerro y a los pocos minutos tuvo su primer contratiempo. Bajo el sol, sus pasos no sonaban pues eran evaporados antes de que alcanzaron sus oídos, y las plantas descansaban tumbadas en matorrales suplicando por sombra. Todos buscaban desolarse, cosa que Caras nunca habría esperado, pues en su visión no había asomo de calor. Se decidió a parar y descansar recargado en un nopal, que causó la gracia de las aves que reposaban bajo los mezquites, pues veían ellos la perfecta imagen del mexicano estereotipado.

Cuando Caras se comenzó a sentir vencido y sol sonreía al ver arder su esperanza, una nube tuvo compasión, y le tapó del calor, para que así por fin pudiera levantarse. Al cielo se miraba una gran mano blanca que se perdía al horizonte y le gritaba que no pasaba nada, que su viaje debía seguir.

Puesto en pie nuevamente y con ánimos resucitados, bajó el cielo que le invitaba a seguir y un sueño aún presente en su mente, Caras caminó el descenso del cerro y poco enfrente se encontró con una casa. Lo que le sorprendió fue el nopal que de ella nacía, que se levantaba por las ventanas y el techo y subía hasta los diez metros.

Recordó Caras entonces una canción, la de la mujer que habían de crecer nopales desde su corazón, de aquellas damas que les abandonaba su pareja, y entonces erizaban sus complejos y los convertían en espinas, duras y filosas que picaran a todo el que se acercara y quisiera ver en ellas un poco de esperanza.

El sol a lo lejos comenzaba a bajar bajo la gran cortina de nubes agrupadas, y Caras estaba ya cansado tras un día de viaje, así que decidió pedir posada en la casa que el nopal desbordaba. A la puerta atendió así una señora, que se presentó como Guadalupe, y mostraba ella en sus ojos el cansancio y abandono. Del corazón de doña Lupe nacía y crecía su nopal, regado por las lágrimas de soledad cada día, y de sus pies nacían las raíces, que cruzaban el mundo en busca de un soporte que sabía no encontraría. Caras así le pidió posada y ella aceptó, con la única condición de que no le diera esperanza, pues tendría entonces que pincharlo y, para su tristeza, matarlo. Tras prometerlo, el viajero durmió tumbado en el suelo.

Al amanecer el día siguiente, doña Lupe tenía ya el desayuno listo, el cual envolvió y metió en el pañuelo que Caras llevaba a la cintura, le despertó y le indicó que debía irse, pues Guadalupe estaba empezando a sentir que aquel invitado se debía quedar. Así lo hizo, pero cuando salió se dio cuenta que su desayuno estaba frío, y decidió calentarlo. Prendió una fogata y ahí puso el pañuelo. Cuando el desayuno se calentó, Caras emprendió nuevamente el descenso del cerro, sin darse cuenta que a su espalda el gran nopal se quemaba.

Siguió bajando ante un sol que las nubes ya no tapaban, pero que aquel día sus sueños no lograban calentar. Estaban fijos en el viento que soplaba hacía la ciudad y en la frescura del amanecer estrellado. Levantaba la mirada de vez en cuando solo para prevenir por si la ciudad se acercaba o se ponía a la vista, pero aquello solamente era una manía, pues faltaban aún dos días de viaje según él creía, y no aparecería la ciudad a la vista sino hasta el día siguiente.

Cuando Caras llevaba ya medio día de viaje, se dio cuenta de que un coyote le seguía. Parecía hambriento y babeaba, le dirigía la mirada como Caras a la imaginada mujer. Se detuvo y le saludo, pero el coyote parecía desquiciado ya, y giraba la cabeza de un lado a otro con los ojos flotando dentro de sus cuencas, sacaba la lengua de la cual se derramaban gotas de hambruna y de locura. Caras, compasivo y con el alma llena de inocencia, decidió darle un poco del pan que aún guardaba. El coyote se acercó y comió el pan con gusto, y así Caras pudo seguir adelante sin ver que el animal de atragantaba a sus espaldas y caía en el suelo con la mirada perdida en la muerte.

Al anochecer del segundo día de viaje, Caras no encontró en donde dormir, así que decidió tenderse bajo un árbol de ramas verdes sin ojos, con la esperanza de que este le acobijara. Y efectivamente así fue, pues el árbol en un acto de compasión, le abrazó y enrolló entre sus delgadas extensiones. Y aquella noche no pasó frío, pues el árbol se había compadecido.

Despertó el tercer día lleno de entusiasmo, pues creía que aquel sería el día en que por fin conocería a la mujer por la cual emprendió su largo viaje. Caminó bajando la montaña, solo para que poco después, ante su poca sorpresa, y lo que hubiera causado gran controversia si los habitantes de su pueblo hubieran sabido, a lo lejos se observó la ciudad que se extendía por lo ancho de la llanura, por lo cual Caras comprobó que sus cálculos habían acertado.

Corrió el último tramo cuesta abajo y brincó los matorrales necesarios. Estaba por fin en el lugar que había añorado, y ahora solo faltaba encontrar al futuro amor de vida.

Al entrar a la ciudad, la gente se dio cuenta de aquel joven que desentonaba tanto con su alrededor. Mientras la gente vestía de pantalón azul y camisas blancas, Caras llevaba únicamente su pantalón tejido a mano que le protegía de las choyas, su camisa destejida y sucia que nunca cambiaba y nunca lavaba, y su pañuelo colgado a la cintura que ya no contenía nada más que recuerdos de la comida que guardó. Su piel estaba manchada grisácea por los días de viaje y las noches en el suelo, y su frente brillaba por el sudor que marcaba el esfuerzo del viaje.

Pero aquello no le importó, se puso a gritar por las calles, a preguntar en donde estaba su amor, pero nadie respondió. Comenzó a brincar manchado por la desesperación y a soltar palabrería a todo aquel que pasaba por su vista. Caras estaba decepcionado y listo para dormir y buscar al día siguiente, cuando se acurrucó detrás de un basurero. Fue entonces cuando por fin la conoció, saliendo ella desde el basurero sorprendiéndolo. Su nombre era Cami, y tenía el rostro más hermoso que nunca se vio en la ciudad. De ojos verdes que entonaban perfecto, se mezclaban y bailaban con el moreno de su piel, y de una dulce sonrisa

tímida que mostraba un ligero agujero al centro, que más que un desperfecto, marcaba la gran complejidad de la hermosura sin esfuerzo, sin la más mínima muestra de ser algo falso. Ahí radicaba la hermosura de Cami, en la inocencia que mostraba y la elaborada ligereza en sus movimientos.

Caras quedó fascinado de inmediato, quedó perdido en la oscuridad deslumbrante del amor sin pensar, en la supersticiosa necesidad de un corazón al cual amar. Lo mejor que ahí sucedió fue que el amor no solo fue correspondido, sino que Cami había soñado con la llegada de Caras tres noches antes que esto pasara, y así fue como ambos se conocieron y quedaron enganchados por el mismo sueño.

Al día siguiente Caras emprendió el viaje de regreso a casa con Cami tomando de su mano. Se besaron junto al cadáver del coyote con el cuello hinchado, se tocaron frente al nopal quemado, y por fin, al tercer día, cuando llegaron al pueblo, engendraron justo en el centro del pueblo, en donde estaba aquel árbol cortado.

“Caras, de la montaña”

Terminada el 7 de noviembre de 2017.